

"Deseo del analista y transferencia.

Reflexiones sobre la práctica analítica en la era de las pantallas".

Me voy a tomar un tiempo para los agradecimientos: muy especialmente a la Comisión organizadora de esta reunión, por hacer posible este encuentro entre analistas; a Lazos y a la Escuela, por hacer lazo y por ofrecer la posibilidad de la producción y la transmisión; agradezco a mi escuela –la Efla- por ser el espacio propicio para mi formación; a mis compañeros por avanzar juntos en el deseo que compartimos; y al psicoanálisis mismo, por abrir puertas.

El siguiente trabajo surge de una pregunta que venimos sosteniendo, de un modo u otro en nuestra escuela, es un tema que nos preocupa y que nos ocupa. Se trata del futuro del psicoanálisis: ¿Tiene el psicoanálisis algún porvenir “en los tiempos que corren”¹?

Tratando de recortar algún sesgo de nuestra época, me encuentro -en la experiencia clínica-, con algo que si bien no era nuevo, tomó un sesgo de “novedoso” para mí: Es la presencia de una “pantalla” entre analizante y analista.

La llamada “era digital”, -o post digital-, en la cual estamos insertos se hace presente en el consultorio. Los psicoanalistas no estamos exento de eso.

Hoy es muy normal que alguien pida un turno por Whats app, que cancele una sesión con un mensaje de texto, o que solicite una sesión telefónica. Mensajes, audios, pantallas en las sesiones, sesiones a través de pantallas.

Hay algo que es Real: hoy las pantallas forman parte de nuestras vidas; de lo imaginario, de lo simbólico y de lo real de la escena en la cual nos movemos. Es un real que nos afecta, afecta el lazo social; afecta de diferentes modos. Deja en evidencia los diferentes modos de relacionarse con el objeto.

¹ Del Seminario de Roberto Consolo, dictado este año en nuestra escuela, titulado “Del sexo, del Padre y de los tiempos que corren”, seminario que me ayudó a pensar algunas cosas.

Cuento una pequeña historia personal para contextualizar el desarrollo de este trabajo.

Hace un año me mude a vivir al extranjero.

Anoticé a mis pacientes de esta decisión con varios meses de anticipación; tiempo suficiente para trabajar con cada uno el impacto de la noticia. Se presentaba un imposible: seguir encontrándonos en mi consultorio. Eso era real.

No fue fácil tomar decisiones respecto de cada tratamiento. Hubo derivaciones, interrupciones, y “altas”. También hubo quienes expresaron su deseo de continuar de alguna manera, sus análisis conmigo. El skype comenzó a introducirse en las sesiones.

La distancia, la mudanza, imprimían una imposibilidad a la continuación de los tratamientos, en esas condiciones.

Frente a la imposibilidad, surge una posibilidad. ¿Sería posible un análisis vía skype?

Ya había escuchado en diferentes lugares sobre los análisis “virtuales”; y podría decir que tenía una posición tomada al respecto. Yo debí vencer mis propios prejuicios para poder entregarme a esta nueva experiencia clínica.

Y fue lo que se planteó. En algunos casos lo planteé yo; en otras, los pacientes.

Pensaba que la mejor manera de dismantelar prejuicios era someterlos a la experiencia.

Lo que el psicoanálisis nos enseña es que la teoría psicoanalítica no es un dogma; está sujeta a revisiones y cuestionamientos. El edificio teórico en el cual se sostiene -sus fundamentos, sus principios, sus conceptos, su teoría-, se fundan en la experiencia clínica; y sólo a partir de allí podemos avanzar.

Nuestra época nos presenta un real donde el lazo social se ha “digitalizado”. Como decía hoy, la pantalla impacta en la subjetividad; se presenta como el objeto capaz de taponar cualquier agujero. Ofrece la creencia de una comunicación sin límites, todos disponibles todo el tiempo. Esta es una de las caras del asunto. Sin embargo, son esas mismas pantallas las que posibilitan ese encuentro entre analizantes y analista, a pesar de la distancia.

Sabemos que el psicoanálisis ha ido ampliando su horizonte desde su invención a la actualidad. Y lo ha podido hacer venciendo pre-juicios. No retrocedió ante las psicosis, ni frente a las patologías en tiempos de la infancia; no retrocedió frente al autismo, tampoco frente a las perversiones, los fenómenos psicósomáticos y una serie de patologías que parecían escapar a su alcance. Hoy podemos decir que el análisis tiene eficacia en este tipo de presentaciones; si logramos revisar cuestiones atinentes al encuadre, las intervenciones, es decir flexibilizar ciertas variables.

Pese al corto recorrido de esta experiencia, -apenas un poco más de un año-, puedo decir que algo ha funcionado. No sólo han continuado los tratamientos, se han sostenido; sino que también han producido efectos.

Un dispositivo, -un teléfono, una notebook, auriculares, pantallas, etc funcionan ahora como posibilitadores del encuentro. Algo pasa a faltar, a ausentarse, y a partir de allí se produce una modificación en el dispositivo que evidentemente habilita alguna presencia.

Este real produjo las más variadas manifestaciones transferenciales. Se instalan en el discurso viejos duelos no elaborados; el cuerpo propio y el del otro toman una nueva significación; lapsus y olvidos; tropiezos del tiempo y del espacio, sueños de transferencia. La voz, sus matices, los silencios, cobran un valor diferente, quizá por la sustracción de los cuerpos. Hay algo que opera produciendo efectos.

Entonces si hay producción y efectos analíticos en un análisis “virtual” ¿podemos pensar que hay algo que opera como Presencia del analista a pesar de que el analista no esté allí?

La Presencia del analista es una manifestación del inconsciente, formuló Lacan, en el seminario de “Los cuatro conceptos del psicoanálisis” entonces podemos pensar que es un concepto que excede a la persona del analista, aunque no es sin ella.

El concepto de Transferencia me ayuda a salir del atolladero.

La transferencia es el motor de una cura analítica, con lo cual si la transferencia está instalada, si la suposición de saber funciona, si hay alguien que pone el cuerpo a eso que allí se genera, entonces hay posibilidades que un análisis tenga lugar. Sabemos que los análisis

funcionan incluso, más allá del tiempo de la sesión. Que la transferencia traspasa los límites del consultorio.

Si la transferencia reclama “poner el cuerpo”: ¿qué es lo que hace cuerpo en los análisis virtuales?, ¿Será la palabra? ¿Será la voz? ¿Será la imagen que vuelve a aparecer en la pantalla? ¿Será el discurso mismo el que hace cuerpo?

Una paciente me decía, divertida, que era la primera vez que se miraba analizándose, -se refería a su imagen que aparecía junto a la mía en la pantalla-, sin embargo aprovechamos el doble sentido de la frase para dar lugar a otra cosa: ¿qué veía de ella en el análisis?, ¿Cómo se ve?, ¿Dónde se ve?

No estoy diciendo con esto que sesiones presenciales y sesiones virtuales sean lo mismo. De ninguna manera.

Lo que estoy tratando de dilucidar es si la Presencia del analista, su función como sostén de la transferencia, opera de alguna manera a pesar de las condiciones en las cuales se llevan a cabo estos análisis.

Por otro lado, trato de pensar los alcances y los límites de este tipo de abordaje.

Entiendo que quizá sean necesarias pensar algunas condiciones de posibilidad, como por ejemplo la estructura; el tiempo del análisis; la transferencia; la posibilidad de sostener sesiones presenciales con alguna regularidad. Es necesario que ese real que ha quedado fuera de juego, en suspenso, pueda reintroducirse cada tanto.

Lo importante es generar las condiciones de posibilidad para que un sujeto se efectúe, que de eso se haga lectura e interpretación. Formalizar la experiencia, y tratar de sostener aquellas preguntas sobre qué es lo que opera, cada vez.

Ubico un punto de partida fundamental: El Deseo del analista.

Un análisis no es, ni más ni menos, que eso: alguien que habla de su padecimiento, alguien que escucha desde un lugar particular; un dispositivo que ofrece las condiciones de posibilidad para que el inconsciente se ordene en discurso. Con eso y desde ahí analizamos.

El despliegue del discurso; el lazo transferencial, la suposición de saber; el sostén de la imagen en la pantalla, parecieran ser condiciones de posibilidad; pero, ¿Qué es lo que

introduce la dimensión de lo Real?: ¿La pantalla es lo real?, ¿La ausencia es lo real? ¿La voz? ¿la mirada?

Este es justamente el punto más complejo, justamente porque se trata de lo real y sabemos que lo Real siempre se plantea como un campo inaprensible. Es el punto a poner a prueba en la experiencia.

Comencé diciéndoles que es esta una experiencia en curso, reciente, y que estoy en un tiempo de preguntas más que de respuestas. Los invito al debate para ver si surge algún nuevo aporte.

Claudia Lujan

Escuela Freud Lacan de La Plata

Noviembre 2019

BIBLIOGRAFÍA

Sigmund Freud, “El malestar en la cultura”

Sigmund Freud, “El porvenir de una ilusión”

Jacques Lacan, “Seminario de los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”

Jacques Lacan “El saber del psicoanalista”